

Subordinación de la cultura a la ética

FRANCISCO VOCOS

Universidad Nacional de Córdoba

1. El hombre recibe con el ser un profundo y entrañable requerimiento: la convocatoria de Dios a la Epifanía de su Gloria. En la estancia más íntima del ser, donde se funden espíritu y materia en unidad ontológica, aquel llamado se manifiesta en una fuerza inicial, inexpresable, que imprime a toda la existencia un movimiento, un sentido, una dirección. La limitación de nuestra inteligencia no permite comprender de pronto y en un solo acto, ni la procedencia del llamado, ni el valor de la invitación; pero su presencia es, sí, lo suficientemente enérgica para presidir toda la vida del hombre, en la forma de una constante moción, de un apetito imponderable, de una inclinación incoercible hacia la felicidad.

2. Para responder a dicha vocación el hombre no puede eludir su naturaleza de creatura, que no tiene su ser de sí mismo, sino que lo ha recibido, con una constitución ontológica insustituible, en proporción a tan encumbrada finalidad y sujeta a una ley de devenir. Por esto, en la naturaleza humana se dan las notas constitutivas de la vida animal, los elementos especificantes de lo racional y la necesidad de la convivencia en la sociedad de los semejantes.

Es a partir de estos elementos esenciales —que en cuanto principios operativos constituyen propiamente la naturaleza— de donde se originan todas las acciones y movimientos emprendidos en respuesta al llamamiento final.

3. Esta composición del ser humano dice complejidad e imperfección; pero, en cuanto el ser es unidad requiere jerarquía. La unidad del ser introduce el principio jerárquico en la multiplicidad de las tendencias y por ello lo superior y espiritual señorea a lo inferior. En la unidad psico-biológica del hombre la dirección fundamental que rige todas las inclinaciones naturales está en la línea de la facultad primera del ser espiritual, vale decir, de la inteligencia.

4. Por ello, en la vida temporal se ordenan hacia la suprema actividad de la inteligencia, a la contemplación del Ser Absoluto, todas las demás operaciones, que, de un modo u otro, responden a una exigencia ontológica inferior. Y con mayor razón aquellas cosas que, a su vez, se subordinan a éstas. Es mediante la ordenación de todo lo humano que se emprende el camino hacia la perfección, donde se fusionan los fines del Creador y la felicidad de la creatura.

Este ordenamiento no es cosa simple, ni la obra de un día. Requiere la conspiración de muchos para una labor común y una honda y constante disciplina.

Si la perfección de la inteligencia se logra en la contemplación de Dios, y en esa posesión la voluntad descansa y toda tendencia se sosiega, el orden se instaura jerarquizando las acciones según la recta valoración de los fines de las respectivas facultades, para posibilitar la vida del espíritu.

Porque la inteligencia no accede a Dios directamente ni en un solo acto. Sólo tiene a su alcance los seres concretos y materiales como se ofrecen a la captación de los sentidos. Pero en las leyes de la constitución ontológica de dichos seres, así aprehendidos, la inteligencia discierne una misteriosa participación del Ser Absoluto de Dios. Las cosas en sí mismas son susceptibles de un conocimiento inmediato, que sirve para gobernarlas y hacerlas servir convenientemente. Pero el universo de las creaturas ejerce una intensa atracción sobre la inteligencia. Y es porque la Causa Primera se expresa en sus efectos; porque cada ser manifiesta a su manera las perfecciones del Creador; porque la creación es el lenguaje y el estilo inefable de Dios, que el hombre puede discernir en ella las propiedades trascendentales del Ser. Por ello la sabiduría es una delectación profunda, un gustar lo divino cifrado en el misterio de los seres y percibir a través de ello, como en un relámpago fugacísimo, los destellos de la Luz Increada. La sabiduría, que logra un claro discernimiento del sentido de la Creación y del fin de la creatura, ve, en lo profundo, al universo como un puente tendido entre los inconmensurables abismos del Ser Divino y del alma humana.

5. El entendimiento no accede a la contemplación sino en determinadas condiciones: por el trabajo y en la paz. En la paz del espíritu y en la paz de la sociedad.

Contra la paz espiritual conspira el desorden en las potencias del ser; por lo cual hay que someter las pasiones al imperio de la razón por el ejercicio de las virtudes cardinales de la fortaleza y la templanza y deben atenderse las necesidades materiales en la medida indispensable para satisfacerlas sin que perturben, antes bien, faciliten la tarea intelectual.

Pero esto tampoco es posible sin la paz social, que debe lograrse por la instauración de un orden de justicia, que establezca la armonía de la vida colectiva en el bien común, clima propicio a la suprema vida de la inteligencia en la contemplación de la Verdad.

Por su parte, la inteligencia progresa en la verdad mediante la disciplinada labor y la dirección de los maestros que estimulan a las virtudes intelectuales en su conocimiento y operaciones, vale decir, en una obra social común.

6. Toda esta obra, que se dirige a facilitar la vida superior del espíritu, mediante la adquisición de aquellos hábitos virtuosos, ya individuales, ya sociales, que perfeccionan la naturaleza humana y la colocan en condiciones óptimas para sus más elevadas operaciones, es propiamente la obra de la cultura. Cultura es "aquella plenitud de vida que además del desarrollo material necesario y suficiente para permitirnos llevar una vida recta en este mundo, especialmente comprende el desarrollo de las facultades especulativas y de las actividades prácticas, que merece ser llamado con propiedad un desarrollo humano". Vale decir, cultivar es estimular inteligentemente el desarrollo de las facultades del hombre. Las obras en que tales progresos se manifiestan, tienen el valor que les otorga su aptitud para transmitir y participar a los demás, en el orden de sus respectivos objetos, aquellas perfecciones logradas por el esfuerzo individual o común. Los llamados entes culturales tienen, pues, por objeto manifestar una perfección comunicable y se ordenan, por tanto, al bien temporal de la naturaleza humana.

En una palabra, la cultura no es otra cosa que la acción inteligente dirigida, inmediata o mediatamente, a la adquisición de todos aquellos hábitos virtuosos, que acarrearán la máxima disposición para las operaciones superiores de la inteligencia. En otros términos, es la instauración de la vida virtuosa que promueve el acceso a la contemplación y la vida de la inteligencia en la Verdad.

7. Hay, por tanto, según se ha dicho al establecer la subordinación de los fines, un orden en todas las manifestaciones de la vida humana. Toda la actividad se dirige hacia el fin último, por una jerarquización de las acciones y funciones sociales que se cumplen. Las que tienen por objeto la conservación del ser material y de la vida, vale decir, todo el orden económico y la técnica, se subordinan a las que tienen por objeto lo espiritual. Las operaciones espirituales se subordinan, a su vez, a la contemplación de Dios. Este orden se da en la sociedad, constituye una empresa social; es un fin, pero no el último. Es un fin intermedio, al que la persona humana debe trascender en lo Absoluto, para lograr su plenitud.

8. Si ello es así, la cultura no es más que una parte, un capítulo de la filosofía moral que regula las operaciones humanas en orden a la consecución del fin último. Por un lado, la adquisición de las virtudes que constituye el aspecto fundamental de la cultura entra sin duda alguna dentro de la Ética. Por otro lado, las obras o productos culturales, las instituciones o funciones sociales o supraindividuales, para emplear expresiones modernas, caen igualmente bajo la regulación moral por el orden de sus finalidades.

Es por esto que al examinar los problemas culturales los filósofos se encuentran que toda la cultura está cimentada en una concepción del mundo y de la vida y en un "trasfondo ético religioso"; porque Dios es el centro de gravedad de toda auténtica labor cultural.